

caritas christi

La Fragua

en la vida cotidiana

8

Transformados por la Eucaristía

Tiempo **Ordinario V**

CARITAS CHRISTI

2013



Esta etapa de la fragua, centrada en la actividad que el herrero realiza sobre el yunque, **simboliza el proceso de configuración con Cristo.**

OBJETIVOS

- Pasar de actitudes individualistas y egocéntricas a actitudes oblativas.
- Profundizar en el conocimiento de la persona de Jesús.
- Crecer en la experiencia de seguimiento de Jesucristo mediante los votos y las virtudes apostólicas, al estilo de san Antonio María Claret.
- Redescubrir la Eucaristía, como “lugar de encuentro” con Cristo.
- Mejorar la capacidad para la vida comunitaria y el diálogo.

CUADERNOS

1. Al encuentro de Jesús
(*Adviento-Navidad*)
2. Consagrados a Dios y a los demás
(*Tiempo Ordinario I*)
3. Pobres de hecho y de espíritu
(*Cuaresma*)
4. Buscadores de la voluntad del Padre
(*Pascua*)
5. Castos por el Reino de los cielos
(*Tiempo Ordinario II*)
6. Hasta que Cristo viva en nosotros
(*Tiempo Ordinario III*)
7. Unidos para que el mundo crea
(*Tiempo Ordinario IV*)
- 8. Transformados por la Eucaristía**
(*Tiempo Ordinario V*)
9. Urgidos por el amor de Cristo
(*Tiempo Ordinario VI*)

contenidos



Introducción > 4



Sugerencias para el encuentro comunitario > 17



Pistas para la *lectio divina* > 17



Reflexión > 6

- 2.1. La Eucaristía en nuestro proceso de configuración con Cristo
- 2.2. La Eucaristía en la edificación de la comunidad fraterna
- 2.3. La Eucaristía y la transformación del mundo



Textos para profundizar > 23

- Anexo 1: Congreso de Espiritualidad Claretiana
- Anexo 2: Amigos de Jesús, partícipes en su misión
- Anexo 3: Alimento para el camino
- Anexo 4: La Eucaristía me da todo lo que necesito
- Anexo 5: Bebed todos de él
- Anexo 6: El abrazo sanador de la Eucaristía

1. Introducción



En el Anexo 3 encontrarás el testimonio de un claretiano para quien el número 35 de las Constituciones sintetiza su propia experiencia eucarística. Recordemos la primera parte de este número al comienzo de este cuaderno dedicado a la Eucaristía: “Ante todo, celebremos diariamente y con plenitud de espíritu el misterio de la Eucaristía, uniéndonos a Cristo Señor, que proclama palabras de vida, se ofrece a Sí mismo por los hermanos, honra al Padre y edifica la unidad de la Iglesia. Tengamos en gran estima el diálogo con Cristo en la visita y en el culto a la Santísima Eucaristía”.

La Eucaristía aparece aquí como el “lugar” en el que nos unimos íntimamente a Cristo el Señor. Toda la etapa *Caritas Christi*, que se aproxima ya a su final, está siendo un esfuerzo por seguir creciendo en nuestra relación con el Cristo al que seguimos. Este seguimiento no consiste simplemente en que imites su conducta o su forma de hablar. Esta imitación externa, cuando es posible y conveniente, debe brotar de tu identificación interior con su persona y se basa, a su vez, en una experiencia personal y profunda de encuentro y de amistad con Él. Jesús de Nazaret no es un héroe al que admiras y tratas de imitar desde la distancia, sino una persona muy querida y cercana a ti, a la que has consagrado tu vida y con quien quieres compartirla enteramente. Es su amor lo que te ha conquistado, lo que te llena de gozo y te mueve a actuar como Él, continuando su misión al servicio del Reino. Aspiras a que en tu vida se cumplan también las palabras de Pablo y de Claret: *Caritas Christi urget nos*.

Este amor de Cristo, que te va identificando y configurando existencialmente con Él, lo experimentas con especial intensidad en el sacramento de la Eucaristía. En ella –como dice Benedicto XVI– “el ágape de Dios nos llega corporalmente para seguir actuando en nosotros y por nosotros” (*Deus Caritas Est*, 14). Es como un horno encendido en el que eres introducido y transformado hasta convertirte en eucaristía viviente. Porque, como Jesús, también tú estás llamado a ser un pan sabroso que se entrega, se parte y se

reparte en favor de los demás. “En verdad –sigue diciendo el Papa– “la vocación de cada uno de nosotros consiste en ser, junto con Jesús, pan partido para la vida del mundo” (*Deus Caritas Est*, 88).

En estos últimos años han sido abundantes los documentos y las iniciativas del magisterio pontificio para situar el sacramento de la Eucaristía en el centro de la vida y de la misión de la Iglesia (cf. *Sacramentum Caritatis*, 4-5). Estas llamadas prosiguen el impulso renovador del Concilio Vaticano II que, hace ahora cincuenta años, veía la Eucaristía como la fuente y el culmen de toda la vida cristiana y de toda la actividad evangelizadora de la Iglesia (cf. *LG* 11 y *PO* 5).

Nuestra Congregación ha secundado este impulso eclesial con el proyecto *Eucaristía-Vida*, que ha culminado con la celebración del 150 aniversario de la gracia eucarística concedida a nuestro P. Fundador, que fue objeto del simposio celebrado en Segovia en septiembre de 2011 y cuyas reflexiones se encuentran ya publicadas.

A través de estos cauces eclesiales y congregacionales, puedes percibir la voz del mismo Señor que llama insistentemente a tu puerta (cf. *Ap* 3,20) y que te invita a saborear la “cena que recrea y enamora” (*San Juan de la Cruz*).

En este mes de octubre procura que la figura del P. Claret asuma un singular protagonismo en tu vida eucarística. Para nuestro P. Fundador, el encuentro diario con Cristo en la Eucaristía era una necesidad vital. Durante sus visitas al Santísimo, en la celebración de la Misa y, especialmente, a partir de la comunión sacramental, Claret vivía una experiencia profunda de transformación interior que le llevaba a identificarse plenamente con la vida y la misión de Jesucristo: “Después de la misa estoy media hora que me hallo todo aniquilado. No quiero cosa que no sea su santísima voluntad. Vivo con la vida de Jesucristo... ¡Oh Padre mío!, tomad este mi pobre corazón, comedlo, así como yo os como a Vos, para que yo me convierta todo en Vos... Consagradme, hablad sobre mí y convertidme todo en Vos” (*Aut* 754, 756).

Para explicar esta experiencia transformadora Claret se valía de la imagen de la fragua:

“Al que comulga bien le sucede lo que a la barra de hierro que se mete en la fragua, donde se convierte en fuego, sí, asimismo queda endiosada el alma que comulga bien; el fuego al hierro le quita la escoria, la frialdad natural, la dureza, y le pone tan blando que lo llega a derretir y se amolda al gusto del artífice. Otro tanto hace el fuego del amor divino en la fragua de la comunión al alma que comulga bien y con frecuencia: le quita la escoria de las imperfecciones, la frialdad natural, la dureza de su amor propio, y la pone tan tierna y blanda que se amolda completamente a la voluntad de Dios en todo y por todo, y así dice como Jesús al eterno Padre: ‘Hágase tu voluntad y no la mía.’” (Carta ascética, en *Escritos Espirituales*, p. 131).

Al mismo tiempo que lo moldeaba y configuraba personalmente con Jesucristo, la experiencia eucarística de Claret le impulsaba a hacer frente a todos los males de España (cf. *Aut* 694). **La presencia permanente de Jesús-Eucaristía, experimentada sensiblemente en su propio cuerpo, era para él una fuente inagotable de energía, que sostuvo su intensa y multiforme actividad apostólica.** Porque, como todo don carismático, también esta “gracia grande” estaba al servicio del Reino: su fin no era convertir a Claret en una especie de sagrario viviente, sino más bien transformar la realidad de este mundo según el proyecto de Dios.

Estas perspectivas eclesiales y carismáticas son las que se te proponen en este cuaderno 8 de la Fragua para que las profundices. Los materiales que se ofrecen darán, sin duda, una densidad eucarística a este mes de octubre, mes claretiano por excelencia. ¡Cómo se necesita volver a la Eucaristía y hacerla “centro, culmen y fuente” de la vida misionera, para vivirla como “alimento del pueblo peregrino”! Ojalá contribuyan a la renovación de tu vivencia eucarística personal y también a la de la Congregación, como medio de configuración con Cristo, como vínculo de comunión fraterna y como fuerza transformadora de toda la realidad.

2. Reflexión

2.1. La Eucaristía en nuestro proceso de configuración con Cristo

Al tema de la configuración con Cristo dedican nuestras Constituciones un capítulo específico, en el que se tratan principalmente las virtudes apostólicas (cf. *Cap VI*). Pero, en realidad, todo lo que en ellas se propone como regla de vida viene a resumirse en el seguimiento y la imitación de Jesucristo, “hasta que no seamos ya nosotros mismos los que vivamos, sino que sea Cristo quien realmente viva en nosotros” (CC 39).

Para avanzar en este proceso de configuración con Cristo cuentas con algunos medios y dinamis-

mos particularmente eficaces. Las Constituciones te presentan, ante todo, la experiencia del amor de Dios –que centraba la etapa *Patris Mei* de la Fragua– como “el don primero y el más necesario, por el que nos configuramos como verdaderos discípulos de Cristo” (CC 10). De igual modo, se te dice que la escucha atenta de la Palabra hace que te conviertas al Evangelio, te configures con Cristo y seas inflamado por su amor apremiante (cf. CC 34). Desde esta escucha, compartida con los hermanos, puedes realizar tu vocación especial en el Pueblo de Dios como servidor de la Palabra (cf. CC 46).

Siguiendo esta línea, las Constituciones te presentan además el sacramento de la Eucaristía



como un medio sumamente valioso y eficaz para unirse al Señor y para dejarte transformar por Él, como se ha señalado ya en la introducción: “Ante todo, celebremos diariamente y con plenitud de espíritu el misterio de la Eucaristía, uniéndonos a Cristo Señor, que proclama palabras de vida, se ofrece a Sí mismo por los hermanos, honra al Padre y edifica la unidad de la Iglesia” (CC 35).

De manera sintética, este texto constitucional señala cuatro dimensiones esenciales de la Eucaristía, que son otros tantos rasgos definitorios de la vocación misionera:

- *La escucha y proclamación de la Palabra de Dios*, como fuente que ilumina y como semilla que fecunda toda la vida de la Iglesia.
- *La participación en el sacrificio de Jesucristo*, que entregó su vida por nosotros como expresión del amor más grande, y que mediante este amor sacrificado nos libera, nos reconcilia y nos congrega en la unidad.
- *La alabanza y la acción de gracias al Padre* por la obra maravillosa de la salvación, que ha llegado hasta nosotros y nos colma de alegría, pero

que todavía debe extenderse y alcanzar al mundo entero.

- *La edificación de la Iglesia como Cuerpo de Cristo*, primicia y fermento del Reino, que se sostiene y se renueva por la acción eficaz de la Palabra y del Espíritu Santo.

El núcleo que concentra y aglutina todas estas dimensiones de la Eucaristía es la comunión con Jesucristo en el acto supremo de su entrega, por nosotros y por todos los hombres. En palabras del Papa Benedicto XVI, “la Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos



solamente de modo pasivo al Logos, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega” (DCE, 13).

En el centro mismo de la celebración eucarística está la invitación que Jesús hace a sus discípulos para que tomen los dones eucarísticos –un trozo de pan, un trago de su copa– con los que Él está ya entregando su propia vida: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo”... Soy yo mismo que me entrego por vosotros. “Tomad y bebed, esta es mi sangre”. Es mi propia vida, sacrificada por vosotros. Con el gesto de comer el pan y beber el cáliz de Jesús,

los discípulos aceptan su entrega, asumen su muerte y se solidarizan con Él, dispuestos a seguir hasta el final su mismo destino.

Jesús había planteado ya este desafío a los hijos de Zebedeo: “¿Sois capaces de beber la copa que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?” (Mc 10,38). En aquel momento, ellos no tenían conciencia del alcance de estas palabras y, de hecho, les costará mucho comprender y aceptar que “el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos” (Mc 10,45; cf.

Jn 13,7). En cambio, este sentido profundo de la comunión eucarística aparece ya claramente expresado en las palabras de Pablo: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?” (1 Cor 10,16; cf. Jn 6,53; Mc 10,38s).

Obviamente, no se trata aquí de una simple aceptación intelectual o de un mero sentimiento de empatía. De lo que se trata es de dar la vida, de sacrificarse y desvivirse por los demás, siguiendo el ejemplo del Maestro. La comunión te configura así con

Ejercicio 1: Test de vitalidad eucarística

La Eucaristía es un don de Dios que no se puede medir como medimos las realidades humanas. Con todo, al comienzo de este Cuaderno 8, te puede ser útil tomar el pulso a tu experiencia eucarística sirviéndote de este sencillo ejercicio. Su objetivo es ayudarte a “caer en la cuenta” de lo que estás viviendo.

1. ¿Celebras **cada día** la Eucaristía? ¿Por qué lo haces? ¿Dónde sueles celebrarla? ¿Con quién?
2. ¿Cómo sueles **prepararte** para la celebración?
3. Si eres presbítero, ¿eres consciente del **ministerio** que has recibido en relación con la Eucaristía? ¿Cómo sirves a la comunidad desde el ministerio recibido?
4. Si eres hermano o estudiante, ¿eres consciente de que también en la Eucaristía ejerces el **sacerdocio de los fieles** que se te ha conferido en el Bautismo? ¿Cómo vives esta vocación?
5. ¿A qué **dimensiones** de la Eucaristía eres más sensible? ¿Por qué?
6. ¿En qué dimensiones de la Eucaristía crees que necesitas **profundizar** más?

Aquel que entendió su vida como pro-existencia. Viviendo en obediencia al Padre, compartiendo nuestra pobreza e inflamado en la pasión por el Reino, entregó la vida hasta el extremo. Y ahora, en cada Eucaristía, Él te invita personalmente a tomar y comer de su cuerpo, a tomar y beber del cáliz de su sangre. **Te pregunta si quieres seguirle hasta el final, compartir su vida y su muerte: ¿Beberás del cáliz que yo he de beber? ¿Hasta dónde estás dispuesto a seguirme?**

La Eucaristía es capaz de generar en ti la capacidad de dar la vida en favor de los demás. Comulgando con el Cuerpo entregado de Jesús, bebiendo del Cáliz del Señor, eres configurado con Aquel que dio la vida en rescate por todos, te inflamas de su amor, que te urge y moviliza. **Cuando vives la Eucaristía con esta radicalidad, tu profesión perpetua se activa y verifica: eres lo que dices ser.** Más aún, a base de comerlo y beberlo, Cristo se va haciendo tu único instinto, hasta no pensar ya otra cosa sino cómo seguirle e imitarle “en orar, en trabajar, en sufrir, en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de los hombres” (CC 9).

Estas claves te ayudarán a comprender mejor cómo la comunión eucarística es también para ti la fuente y el culmen de toda tu vida, urgida por el amor y entregada al servicio de Jesucristo en la misión que Él te ha confiado. Ésta es –en palabras de

Benedicto XVI– la “forma eucarística” de vivir (cf. *SCar* 70), con la que has de buscar eficazmente la gloria de Dios, tu propia santificación y la salvación de todos los hombres (cf. *CC* 2).

El mismo Papa recuerda a este propósito unas palabras de San Pablo que “son la formulación más sintética de cómo la Eucaristía transforma toda nuestra vida en culto espiritual agradable a Dios: ‘Os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable’ (*Rom* 12,1).” Y luego explica cómo “el nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida, transfigurándola”, de manera que “cada detalle queda exaltado al ser vivido dentro de la relación con Cristo y como ofrenda a Dios” (*SCar* 71). **A partir de la Eucaristía ya no existe solución de continuidad entre el culto, la vida y la misión: el culto se llena de vida, la vida se transforma en culto, y ambos –el culto y la vida– son testimonio y anuncio misionero.**

Ante ti se presenta una “nube de testigos” que han experimentado este proceso de transformación. El P. Claret, después del atentado de Holguín, repetía esta jaculatoria: “¡Ay, Jesús mío! Así como el agua se junta al vino en el Sacrificio de la Misa, así deseo yo juntarme con Vos y ofrecirme a la Sma. Trinidad” (*Propósitos* de 1857: *EA*, p. 549). Nuestros mártires de Barbastro hicieron “del Pan

eucarístico el centro de aquella comunidad encarcelada y el vigor de su intensa y recia espiritualidad... Con celeridad sorprendente aprendieron a hacerse también ellos pan partido y vino derramado por la vida del mundo” (A. Bocos, *Testamento Misionero de nuestros mártires*, nº 19).

Como en San Ignacio de Antioquía, de quien hacemos memoria en este mes de Octubre, el martirio fue su consagración eucarística (cf. la segunda lectura del *Oficio de lectura* del 17 de Octubre).

Desde la “forma eucarística” de la vida cristiana quizás puedas comprender mejor la experiencia que tuvo nuestro P. Fundador cuando recibió la “gracia grande” en la Iglesia del Rosario de La Granja. Ciertamente, él vivía ya antes, y con gran intensidad, el misterio de la presencia o inhabitación de Dios en su interior, la comunión con la en-

trega amorosa de Jesús y el celo apasionado por anunciar su Evangelio, haciendo frente a todas las fuerzas del mal. Bastaría leer sus cuadernos de propósitos y notas espirituales para comprobarlo.

Pero estos rasgos de su fisonomía espiritual se perciben ahora como efecto y manifestación sensible de la Presencia del Señor que permanece en él constantemente, más allá del momento de la comunión, y que desde él actúa y se difunde.

Siguen cumpliéndose en Claret las palabras del Apóstol: “No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí” (*Gal 2,20*). Pero esta vivencia alcanza una particular “forma eucarística” cuando, en el proceso de identificación con Cristo, su misma realidad humana se convierte en sacramento que manifiesta la presencia del Resucitado en nuestro mundo.

Es lo que nuestro P. Fundador había deseado con tanto ardor y pedido tantas veces: “Tomad este mi pobre corazón, comedlo, así como yo os como a Vos, para que yo me convierta todo en Vos... Consagradme, hablad sobre mí y convertidme todo en Vos” (*Aut 756*). “Oh Jesús! Cuando en la santa Misa pronuncio las palabras de la consagración, la sustancia del pan y del vino desaparece... Pronunciad sobre mí las palabras de la consagración: consagradme, Jesús mío, para que yo desaparezca, y bajo mis apariencias viváis únicamente Vos”.

No puede extrañar que, al paso del P. Claret, alguno pudiera

sentirse inclinado a arrodillarse... ¡como si estuviera pasando el Santísimo!

2.2. La Eucaristía en la edificación de la comunidad fraterna

El mismo proceso de configuración con Cristo, que transforma nuestra vida consagrada y misionera en una ofrenda eucarística para la vida del mundo, es el que construye también nuestra comunidad fraterna como cuerpo de Cristo y familia del Reino. Como la Iglesia, también nuestra comunidad vive de la Eucaristía, porque en ella Cristo se nos en-

trega, edificándonos continuamente como su cuerpo (cf. *SCar 14; EdE 1*).

“A nosotros, Hijos del Inmaculado Corazón de María, llamados a semejanza de los Apóstoles, se nos ha concedido el don de seguir a Cristo en comunión de vida” (*CC 4*) y por eso aspiramos a vivir como la primera comunidad de creyentes, que tenían “un solo corazón y una sola alma” (*Hch 4,32*; cf. *CC 10*). Como ellos, también nosotros tratamos de ser “constantemente en la enseñanza de los Apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y las oraciones” (*Hch 2,42*). A través de estos dinamismos comunitarios se re-



fuerzan los lazos que nos unen con el Señor y con los hermanos. En particular, “nuestra vida fraterna se significa sobre todo y se realiza plenamente en la Eucaristía, que es signo de unidad y vínculo de caridad” (CC 12). En palabras de San Pablo, “aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (1 Cor 10,17).

La comida de familia requiere avenencia. Evita el peligro de interpretar esta comunión que se construye sobre la Eucaristía de una manera excesivamente espiritualista y abstracta, hasta llegar a hacerla compatible con el individualismo y los comportamientos egoístas. Por eso, insiste y subraya en el carácter práctico y concreto que en-

traña la comunión con el sacrificio de Cristo en la Eucaristía. Pablo tuvo que recordárselo a la comunidad de Corinto cuando pretendía celebrar este sacramento en medio de clamorosas divisiones y desigualdades (cf. 1 Cor 11,17-34). El egoísmo insolidario de los corintios contradecía y, en la práctica, hacía imposible celebrar la Cena del Señor, por ser ésta el memorial de su amor y su entrega hasta la muerte. De ahí la exigencia de “discernir el Cuerpo” (v. 29), que se refiere tanto al cuerpo eucarístico del Señor como a su cuerpo eclesial, formado por multitud de hermanos (cf. 1 Cor 10,16s). Para el Apóstol, esto significa, concretamente, “que nadie procure su propio interés, sino el de los demás” (1 Cor 10,24). Es lo que trata de hacer el mismo Pablo:



“Me esfuerzo por agradar a todos en todo sin procurar mi propio interés, sino el de la mayoría, para que se salven... Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo”(1 Cor 10,31s).

Así, la imitación de Cristo y, más precisamente, la configuración con su entrega sacrificial, te llevará a poner el bien de los demás por delante de tus propios intereses. Dicho con crudeza, te convierte en sirviente y esclavo de los otros. El esclavo (*doulos*) no dispone de sí mismo, porque

pertenece a su amo y toda su vida está consagrada a su servicio. Entre los discípulos de Jesús, esta condición de esclavitud es una opción libre de la persona, motivada por el amor a Jesucristo y el deseo de servirle como único Señor. Sólo podrás entenderla y vivirla gozosamente si es tu respuesta de amor a Aquel que te amó primero (cf. 1 Jn 4,19).

“Sed buenos y misericordiosos entre vosotros, perdonándoos mutuamente como Dios os ha perdonado en Cristo. Sed, pues,

imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo nos amó y se entregó por nosotros como *oblación y víctima de suave aroma*” (Ef 4-32- 5,1s). La entrega y la fidelidad al Señor se verifica en el amor y en el servicio a los demás, por quienes Él también entregó su vida. Así, Pablo tiene clara conciencia de ser “esclavo de Jesucristo y apóstol por vocación” (Rom 1,1), pero su vocación apostólica le lleva a hacerse esclavo de los demás: “Siendo libre con respecto a todos, me

he hecho esclavo de todos para ganar a los más que pueda” (1 Cor 9,19); “no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesús como Mesías y Señor, y a nosotros como esclavos vuestros por causa de Jesús” (2 Cor 4,5).

En esta actitud de despojamiento y entrega de la propia vida al servicio de los demás intenta seguir los pasos de Aquel que, “siendo de condición divina, se vació a sí mismo tomando la condición de esclavo” (Flp 2,6). Como discípulo y seguidor de Jesús, no puedes aspirar a ser más

amor fraterno, la subordinación al otro no es unidireccional, sino recíproca (cf. Ef 4,2; 5,21): nos sometemos y nos soportamos unos a otros por amor, reconociendo en los hermanos –sobre todo en los más débiles– la presencia del Señor.

La correspondencia que existe entre la comunión con el Señor y el servicio a los hermanos está muy presente en el relato del lavatorio de los pies (cf. Jn 13,1-15), que en el Cuarto Evangelio viene a ocupar el lugar de la institución de la Eucaristía. No es difícil perci-

va a traicionar (cf. Lc 22,21s), no se refieren solamente a los protagonistas de aquel momento histórico. También hoy cualquiera de nosotros puede traicionar al Señor y pervertir el sentido del memorial eucarístico, si no está dispuesto a amar y a servir, de manera concreta y efectiva, como Él nos ha enseñado con su ejemplo.

La participación en la Eucaristía alimenta la pasión por la comunión, en la que el XXII Capítulo General veía “un rasgo profético que hace creíble nuestro servicio



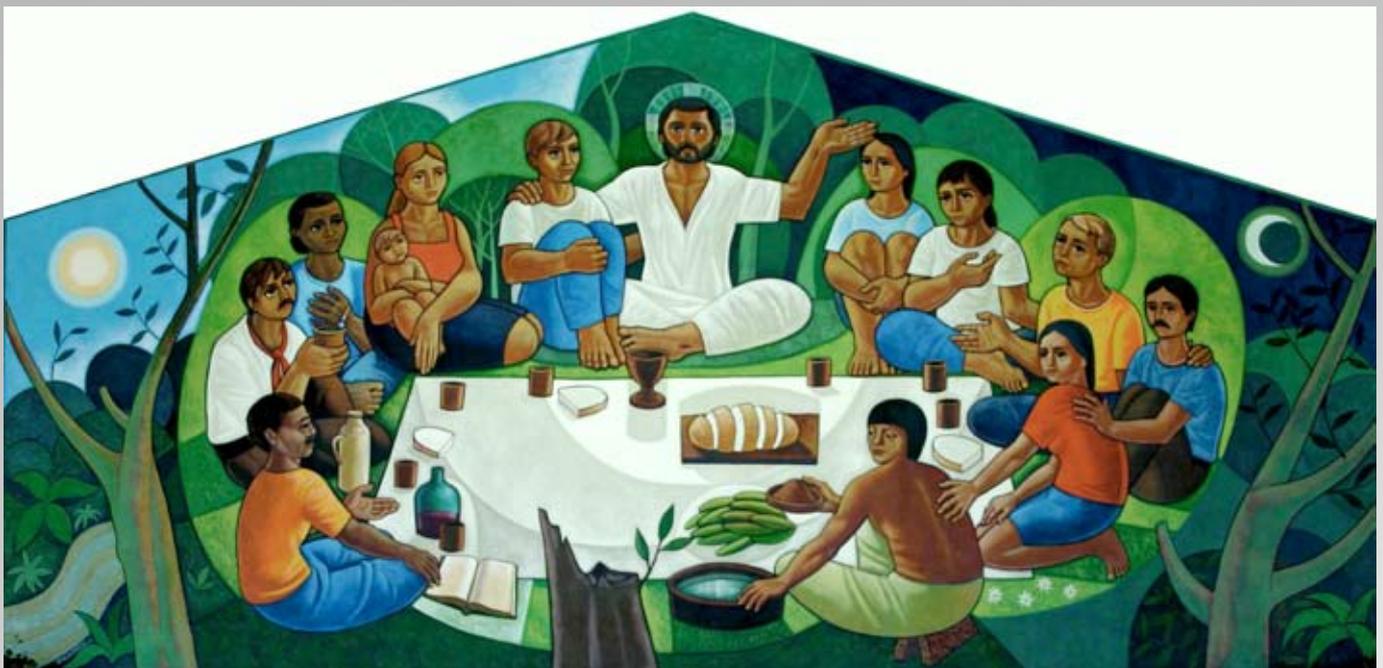
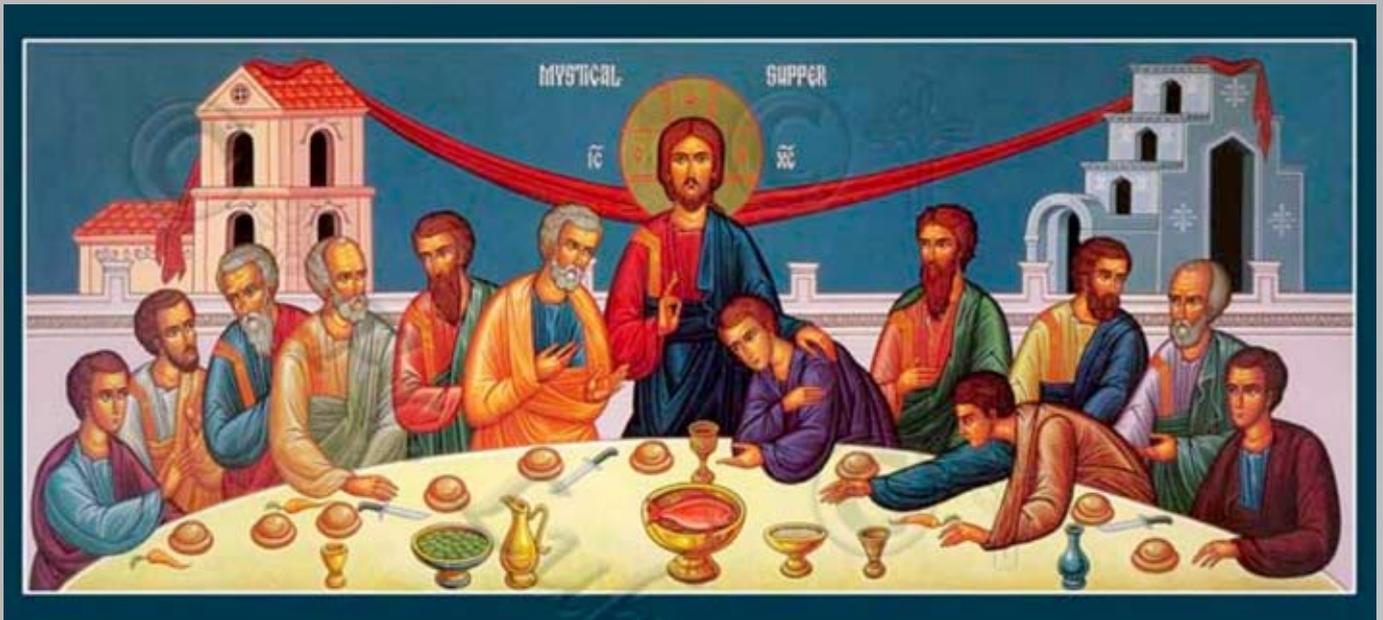
que nuestro Señor y Maestro, que no vino a que le sirvieran, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos (cf. Jn 13,13; Mc 10,45). Así, nuestras Constituciones te dirigen esta invitación: “Acostúmbrense los Misioneros a obedecer al Señor impulsados por el amor, pronta y perfectamente, sometiéndose a los hombres por Él” (CC 30). No se pretende aquí un sometimiento servil, que justificaría el dominio de unos sobre otros y rompería la fraternidad. En la comunidad de Jesús todos somos hermanos y, “si alguno quiere ser primero, será esclavo de todos” (Mc 10,44, cf. Mt 23,8). Más bien, como expresión del

bir en el trasfondo de este pasaje joánico el mismo problema que Pablo había tenido que afrontar en Corinto: la pretensión de celebrar la Cena del Señor como un rito al margen de la vida, que no cuestiona, sino más bien encubre las divisiones y rivalidades existentes en el seno de la comunidad. El evangelista Lucas lo expresa de otro modo, al situar la disputa por los primeros puestos en el marco de la Última Cena (cf. Lc 22,24-27). En este preciso contexto, tanto la incomprensión y la resistencia que opone Pedro al gesto de Jesús (cf. Jn 13,6-10), como la advertencia contra el discípulo que comparte su mesa y le

en un mundo intercomunicado, pero al mismo tiempo dividido e insolidario”, pues la comunión es “el primer hecho de misión” (cf. EMP 27-28). Quince años después, nuestra Congregación presenta un rostro aún más plural y se ha visto enriquecida con miembros de diferentes países, etnias, lenguas y culturas. El amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo nos ayuda a responder al desafío de vivir la unidad en la diversidad, superando las diferencias que tantas veces separan y enfrentan a los hombres. “En esta era de globalización y exclusión, de ansias de paz y violencia, la comunidad cla-

Ejercicio 2: La Eucaristía en imágenes

1. **Contempla detenidamente las dos imágenes** que figuran a continuación. No tengas prisa en “sacar conclusiones”. Déjate impresionar por las formas y los colores. Observa con atención los detalles.
2. **Imagina que eres invitado a participar en las dos escenas.** ¿Qué puesto escogerías en cada una de ellas? ¿Cómo crees que te sentirías?
3. A partir de la contemplación de las imágenes, ¿experimentas alguna **llamada a mejorar tu espiritualidad eucarística?**





retiana –en su pequeñez y fragilidad– desea seguir siendo un signo vivo del Reino” (HAC 41). Por eso, con los hermanos que son de distinto origen, edad, cultura u opinión, procuramos mantener la unidad del espíritu en el vínculo de la paz (cf. CC 17; cf. Ef 4,3). Esta capacidad de convivir fraternalmente unidos y de trabajar juntos en la misión será siempre un test revelador de nuestra “coherencia eucarística” (cf. SCar 83).

2.3. La Eucaristía y la transformación del mundo

La eficacia transformadora de la Eucaristía no se limita al círculo de los que participan en la celebración. Benedicto XVI, recién estrenado en el ministerio petrino, presidió en agosto de 2005 la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, Alemania, cuyo lema era *Hemos venido a adorarlo*. En la homilía de clausura, el Papa explicó el dinamismo de la Eucaristía como una cadena de transformaciones que, a partir de Jesús mismo, va alcanzando a los dones ofrecidos y a los comensales que los reciben, para extenderse luego a toda la comunidad eclesial y a la creación entera. Este proceso de transformación en cadena –el Papa lo compara a una reacción nuclear– se realiza por la fuerza del amor y sólo concluirá con la cristificación del universo, cuando Dios sea todo en todos. Vale la pena recordar un par de párrafos donde se recoge esta visión enormemente profunda y sugerente de la Eucaristía:

“Haciendo del pan su Cuerpo y del vino su Sangre, Él anticipa su muerte, la acepta en lo más íntimo y la transforma en una acción de amor. Lo que desde el exterior es violencia brutal, desde el interior se transforma en un acto de un amor que se entrega totalmente. Esta es la transformación sustancial que se realizó en el cenáculo y que estaba destinada a suscitar un proceso de transformaciones cuyo último fin es la transformación del mundo hasta que Dios sea todo en todos (cf. 1 Cor 15,28)”.

“Esta primera transformación fundamental de la violencia en amor, de la muerte en vida lleva consigo las demás transformaciones. Pan y vino se convierten en su Cuerpo y su Sangre. Llegados a este punto, la transformación no puede detenerse, antes bien, es aquí donde debe comenzar plenamente. El Cuerpo y la Sangre de Cristo se nos dan para que a su vez nosotros mismos seamos transformados. Nosotros mismos debemos llegar a ser Cuerpo de Cristo, sus consanguíneos. Todos comemos el único pan, y esto significa que entre no-



sotros llegamos a ser una sola cosa. La adoración, hemos dicho, llega a ser, de este modo, unión. Dios no solamente está frente a nosotros, como el Totalmente otro. Está dentro de nosotros, y nosotros estamos en Él. Su dinámica nos penetra y desde nosotros quiere propagarse a los demás y extenderse a todo el mundo, para que su amor sea realmente la medida dominante del mundo.” (Benedicto XVI, Homilía en Marienfeld, 21-08-2005; estas ideas se recogen más brevemente en la exhortación *Sacramentum Caritatis*, 11).

La participación en la Eucaristía te introduce también a ti en este proceso de transformación universal impulsado por la fuerza del amor de Cristo (*Caritas Christi urget nos!*). Este amor es una fuerza capaz de destruir las barreras y los mecanismos de exclusión que hay en nuestro mundo, para construir una sociedad en la que todos nos reconozcamos y tratemos como hermanos/as. **Cada comunidad eucarística ha de ser un signo visible de que “otro mundo es posible”, en el que se cumpla la utopía del Reino:** “el reino de la verdad y la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz” (*Prefacio de la Solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo*).

Esta sociedad alternativa es la que el evangelista Lucas describe al comienzo de los Hechos de los Apóstoles (cf. *Hch* 2,42-47; 4,32-35) y la que ha inspirado a tantas comunidades y movimientos eclesiales de renovación a lo largo de la historia. También tú estás llamado a compartir esta aspiración (cf. *CC* 10) y a plasmarla en tu proyecto de vida a través de los consejos evangélicos. Expresión de ello es la pobreza que has profesado: “Poniendo toda nuestra confianza en el Señor y nunca en el poder y las riquezas, buscamos ante todo el Reino de Dios, que pertenece a los pobres. La pobreza voluntaria construye la comunidad fraterna en unidad de corazón y espíritu. Se expresa en la comunión de bienes, tanto materiales como espirituales, con los pobres y en su servicio” (*CC* 24). Esta comunión de bienes con los necesitados es ya una forma de culto agradable a Dios, que te sale al encuentro en el sacramento del pobre (cf. *Mt* 25,31-46), y también una eficaz acción evangelizadora. Así lo expresa el Apóstol Pablo a propósito de la colecta en favor de los pobres: “El servicio de esta liturgia no solo provee a las necesidades de los santos, sino que redundando también en abundantes acciones de gracias a Dios. Experimenten-

tando este servicio, glorifican a Dios por vuestra obediencia en la profesión del evangelio de Cristo y por la generosidad de vuestra comunión con ellos y con todos” (*2 Cor* 9,12s; cf. *Rom* 15,27; *Flp* 4,18).

De igual modo, “la castidad que nosotros profesamos favorece una nueva comunión fraterna en Cristo y construye una comunidad que no se funda ni en la carne ni en la sangre, sino en la voluntad de Dios. Como signo de amor perfecto, se convierte en una peculiar fuente de fecundidad espiritual en el mundo; por ello nos libera de modo singular para inflamarnos en amor a Dios y a todos los hombres, fortalece nuestro espíritu para luchar contra las potestades del maligno en el ministerio apostólico” (*CC* 21). Lejos de encerrarte en ti mismo, la castidad por el Reino libera y abre tu corazón a un amor más universal, que se vuelca especialmente sobre todos los que sufren las consecuencias del egoísmo, la injusticia y la exclusión social. Y, al mismo tiempo que les procura apoyo y consuelo, ese amor solidario lucha contra las raíces que alimentan y las estructuras que sostienen esas situaciones inicuas. Como nuestro P. Fundador, para hacer frente a estas potestades malignas cuentas con la espada de la Palabra de Dios y la fuerza de la Eucaristía (cf. *Ef* 6,10-17; *Aut* 101).

La comunión eucarística tiene también una dimensión ecológica. El pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo humano, por la acción del Espíritu Santo se transforman en el símbolo real de la entrega y la presencia permanente de Cristo Resucitado y en el signo realizador de nuestra comunión con Él y con todos los miembros de su Cuerpo. Pero esta transformación convierte también a los dones eucarísticos en primicias de la nueva creación, en la que todas las cosas serán recapituladas en Cristo y Dios será todo en todos (cf. *1 Cor* 15,28; *Ef* 1,10;



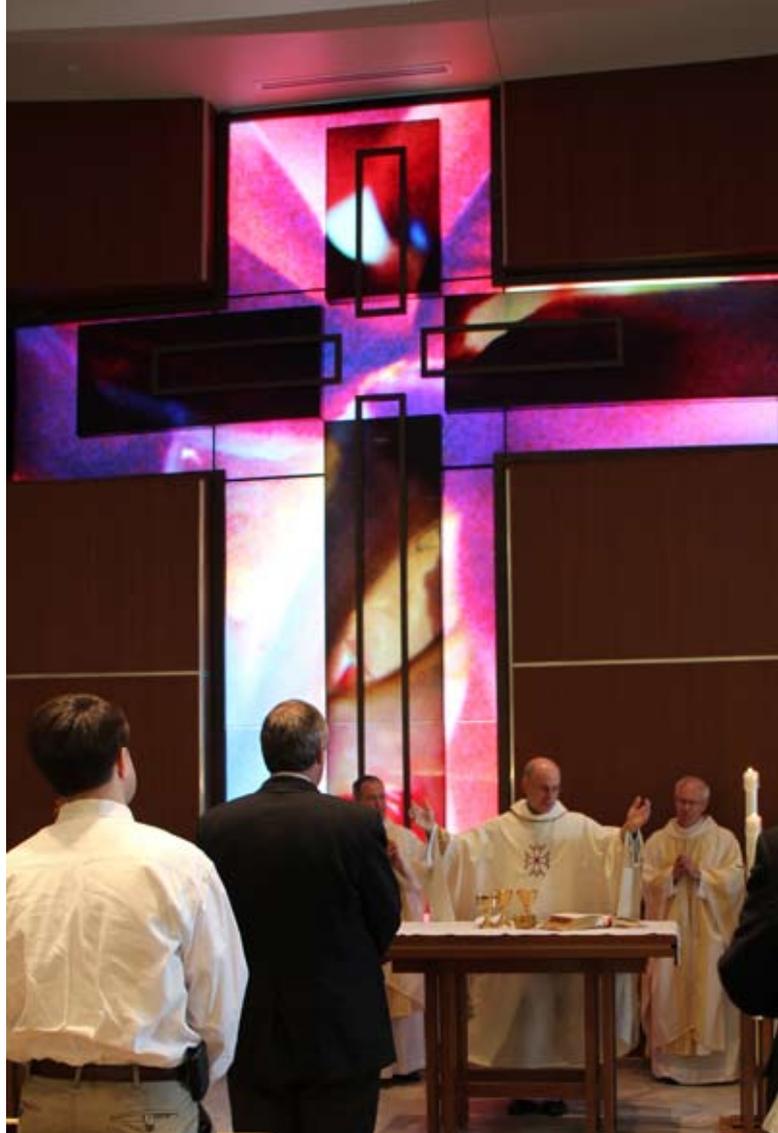
Col 1,16.20). De esta manera, la comunión eucarística se expande hasta los límites del universo, impulsándonos a una reconciliación efectiva y a una convivencia armónica con todos los seres creados. El documento ecuménico de Lima se hace eco de esta dimensión cósmica de la Eucaristía con estas palabras:

“La Eucaristía es el gran sacrificio de alabanza a través del cual la Iglesia habla en nombre de toda la creación. Pues el mundo que Dios ha reconciliado está presente en cada Eucaristía: en el pan y vino, en las personas de los fieles, y en las oraciones que ofrecen por ellos mismos y por todas las gentes. Cristo une a los fieles consigo mismo e incluye sus oraciones en su propia intercesión, de modo que los fieles son transfigurados y sus oraciones aceptadas. Este sacrificio de alabanza es solamente posible por Cristo, con Él y en Él. El pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo humano, son presentados al Padre con fe y acción de gracias. Así, la Eucaristía significa lo que el mundo está llamado a ser: una ofrenda y un himno de alabanza al Creador, una comunión universal en el cuerpo de Cristo, un reino de justicia, amor y paz en el Espíritu Santo” (BEM 4).

Al celebrar esta “misa sobre el mundo” (*Teilhard de Chardin*), te haces tú también responsable del cuidado de la creación. Esta responsabilidad ecológica forma parte de tu misión como claretiano al servicio de la vida: “Como servidores de la Palabra en toda su amplitud, el compromiso con la Justicia, la Paz y la Integridad de la Creación no es para nosotros un consejo discrecional. Es un genuino deber y también un derecho fundamental de todo creyente, que nos obliga específicamente a nosotros como religiosos y ministros ordenados” (PTV 13; cf. CIC 222, 287 y 672).

También nuestro último Capítulo General incluía el cuidado de la creación entre las llamadas que Dios nos hace en este momento: “Nuestro reto principal consiste en animarnos y animar a otros a la *conversión ecológica* y perseverar en ella; una conversión que hace a la humanidad mucho más consciente de su condición de administradora de la creación” (HAC 2,i).

Nuestra celebración eucarística está atravesada por la tensión escatológica que marca y anima todo el camino de la Iglesia entre la Pascua y la Parusía. En ella puedes saborear ya las primicias del



banquete del Reino, pero este anticipo gozoso no hace sino acrecentar el deseo de que venga en plenitud: *Marana tha*, ¡ven, Señor! (cf. 1 Cor 16,22; Ap 22,20). La Iglesia es como la esposa que aguarda impaciente el encuentro cara a cara con su Amado: “Descubre tu presencia / y máteme tu vista y hermosura; / mira que la dolencia / de amor, que no se cura / sino con la presencia y la figura” (S. Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, estrofa 11).

Nuestro P. Fundador experimentó esta gravitación escatológica con especial intensidad en la etapa final de su vida. Así, en sus últimos *Propósitos* -del 26 de Mayo de 1870- expresaba su anhelo de morir para ir al cielo y unirse con Dios, haciendo tuyas las palabras de Pablo: “Tengo el deseo de partir y estar con Cristo” (Flp 1,23). Y añadía: “Tengo de ser como una vela que arde, gasta la cera y luce hasta que muere. Los miembros gusta de unirse a su cabeza, el hierro al imán, y yo a Jesús deseo unirme en el Sacramento y en el cielo” (EA p. 588). La unión con Cristo en el sacramento de la Eucaristía era ya para él un anticipo del cielo.



2.4. Conclusión

Como conclusión, recuerda que, cuando celebras la Cena del Señor, entras en comunión con la pro-existencia de Jesús, esa actitud de entrega total y permanente, de servicio humilde y desinteresado, que caracterizó toda su vida: “Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (Lc 22,27), “os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo mismo” (Jn 13,15). Al acoger y asumir esa auto-entrega de Cristo, que toma cuerpo en la Eucaristía, tú también te conviertes en un don para tus hermanos, un pan partido para la vida del mundo. Así pasas de la misa a la misión, de la experiencia del “tomar y comer” eucarístico a la tarea del “dadles vosotros de comer” (Mc 6,37). Seguramente no podrás dar “oro ni

plata” (cf. Hch 3,6), pero sí puedes y debes compartir este Pan que da la vida eterna y que sostiene tu caminar cotidiano. Así, al participar en la Cena del Señor aprendes –con palabras de nuestro hermano Pedro Casaldáliga– “a ser Contigo el pan de cada día”, un pan partido y sabroso, un cuerpo entregado para la vida del mundo.

3. Sugerencias para el encuentro comunitario

En este mes de octubre, la comunidad puede dedicar un tiempo prolongado –quizá el día de retiro– a **examinar su espiritualidad eucarística**. El encuentro comunitario se puede dividir en dos partes.

- **En la primera**, los miembros de la comunidad pueden compartir las respuestas que cada uno ha dado a las preguntas del *Ejercicio 1*. Luego, se abre el diálogo para profundizar juntos en aquellos aspectos que incidan más directamente en la espiritualidad eucarística de toda la comunidad.
- **En la segunda**, la comunidad *prepara y celebra la Eucaristía*, procurando cuidar y armonizar todos sus elementos. A esta celebración se puede invitar a algunas de las personas que comparten más de cerca la misión de la comunidad.



4. Pistas para la lectio divina



Martes 1 de Octubre de 2013. Memoria de Santa Teresa del Niño Jesús, virgen

- Zac 8,20-23
- Sal 86
- Lc 9,51-56

En los evangelios, la expresión “tomó la decisión de ir a Jerusalén”, aplicada a Jesús, señala algo más que el inicio de una peregrinación cuya meta es la ciudad principal de Judea. Esta fórmula marca el inicio de un itinerario que le conduce hasta su pasión y su muerte. Jerusalén es el lugar de su entrega definitiva. Se trata de un camino que emprende con aplomo y resolución, atravesando la región de Samaría. Al no recibir hospedaje, precisamente por dirigirse a la urbe judía, la reacción de sus discípulos es violenta y vengativa. Pero Jesús les reprocha su conducta. Aún no han comprendido que el sendero afrontado y asumido por él, culmen de su vida y de su mensaje, no puede regirse ya por una dinámica de rencor y enfrentamiento visceral. La cruz será, por el contrario, signo de perdón y misericordia.

Miércoles 2 de Octubre de 2013. Memoria de los santos Angeles Custodios (Cal CMF, 361-365)

- Neh 2,1-8
- Sal 136
- Lc 9,57-62

En diversos momentos los relatos evangélicos testifican cómo grandes multitudes se vieron atraídas por la figura de Jesús, por sus signos prodigiosos y sus discursos impactantes. No obstante, no fueron muchos los individuos llamados por él a seguirle de manera más cercana y radical. Pero aún de entre éstos, sólo un número más bien reducido aceptó y asumió la propuesta hasta el final. Las exigencias eran graves. No podemos sacar de estos pasajes una imagen severa o distante de Jesús. El tono imperioso de sus palabras viene regido por la opción fundamental e inaplazable que debe orientar la vida del discípulo: el reino de Dios. Todo lo demás ha de ocupar un lugar secundario y relativo.

Jueves 3 de Octubre de 2013

- Neh 8,1-4-
a.5-6.7b-12
- Sal 18
- Lc 10,1-12

En el evangelio de Lucas, el crucial cometido de anunciar el reino de Dios es encargado a un grupo amplio de discípulos, sobrepasando el círculo de los Doce. Con ello, el evangelista quiere poner de relieve la universalidad de la misión. Jesús es muy específico en la forma y contenido del mensaje que se debe proclamar. Los heraldos del evangelio no sólo han de dar testimonio con su palabra, sino también, y principalmente, con su estilo de vida.

Viernes 4 de Octubre de 2013. Memoria de san Francisco de Asís

- Bar 1,15-22
- Sal 78
- Lc 10,13-16

Los evangelios dan claro y reiterado testimonio de un hecho relevante: Jesús concibió su misión desde un principio como una tarea que debía ser compartida. Por ello, los primeros capítulos de los evangelios relatan la llamada de un grupo de discípulos. La relación de Jesús con sus apóstoles llega a ser de tal intensidad y cercanía, que él mismo se identifica con sus más allegados seguidores. La acogida y escucha que se les dispensa a ellos equivale a recibirlo y escucharlo a él mismo.

Sábado 5 de Octubre de 2013

- Bar 4,5-12.27-
29
- Sal 68.
- Lc 10,17-24

La Buena Noticia se proclama y se transmite en el mundo a través de la mediación de hombres normales y sencillos. Esta mediación humana implica siempre grandes condicionamientos y limitaciones. Pero es el camino que Dios ha elegido para hacer germinar la semilla del reino. Es una consecuencia directa de la encarnación del Hijo de Dios. De la misma forma, escuchar y acoger el Evangelio implica hacerlo con un corazón abierto, generoso y humilde. El gran tesoro de la salvación está vedado a los soberbios, pero es diáfano para los humildes. Jesús proclama dichosos a quienes sean capaces de aceptar este gran misterio.

Domingo 6 de Octubre de 2013. XXVII Domingo del Tiempo Ordinario (Cal CMF, 367-371)

- Hab 1, 2-3; 2, 2-4
- Sal 94
- 2 Tim 1, 6-8. 13-14
- Lc 17, 5-10

La salvación a la que puede aspirar el ser humano no se fundamenta en primera instancia en las capacidades, virtudes o cualidades personales. El reino de Dios es un don, una gracia, que el hombre debe acoger con humildad y profundo agradecimiento. No podemos esgrimir ante Dios méritos propios con el fin de exigir su redención; Dios nos hace entrega de ese gran regalo por pura misericordia y benignidad. Este es el gran secreto de la fe: Dios nos salva porque nos ama. Todo lo que hagamos o realicemos en su nombre, hemos de hacerlo con permanente y profunda conciencia de ser sólo siervos.

Lunes 7 de Octubre de 2013. Memoria de nuestra Señora, la Virgen del Rosario (Cal CMF, 373-378)

- Jon 1,1-2,1-11
 - Jon 2,3-8
 - Lc 10,25-37
- Jesús deja bien claro que la “salvación eterna” depende en gran medida de esta pregunta: “¿quién es mi prójimo?”, “¿cómo he de comportarme con mi prójimo?” Amar a Dios implica necesariamente amar al hermano. La impresionante parábola del “buen samaritano” pone de relieve que pasar de largo ante el sufrimiento ajeno es pasar de largo ante Dios, aun cuando nuestros actos externos o costumbres cotidianas pretendan revelar una actitud piadosa. Sólo quien es capaz de pararse y compadecerse de la marginación y vulnerabilidad del otro ha entrado verdaderamente en la dinámica del reino de Dios. Y con frecuencia, nuestro prójimo es la persona más próxima.

Martes 8 de Octubre de 2013

- Jon 3,1-10
 - Sal 129
 - Lc 10,38-42
- Cuentan que, en una ocasión, la Madre Teresa de Calcuta formulaba a un grupo de jóvenes novicias esta sentencia: “no estamos aquí para alcanzar metas, ni siquiera para tener éxito en nuestra misión; estamos aquí para entregarnos totalmente a Dios”. Es una frase que siempre me ha dado mucho que pensar. Estamos siempre inclinados y predispuestos a considerar que nuestra vida como consagrados será juzgada principalmente por lo que hemos hecho o logrado. Jesús nos recuerda, sin embargo, que lo principal es ser y vivir con autenticidad. Nuestra actividad irá irremediablemente disminuyendo, pero siempre estamos impelidos a entregarnos cada día con mayor generosidad. Marta está abocada a disminuir, pero María ha optado por la parte que siempre permanece y crece. La entrega verdadera no conoce ni el fracaso ni los límites.

Miércoles 9 de Octubre de 2013

- Jon 4,1-11
 - Sal 85
 - Lc 11,1-4
- Los discípulos vieron con frecuencia cómo su Maestro se retiraba a lugares solitarios, por la noche o de madrugada, para dialogar con el Padre aprovechando el silencio y el sosiego. Fue uno de los motivos que les impele a solicitar de Jesús algunas directrices sobre la oración. Jesús les revela que la mejor forma de aprender a orar es precisamente orando. Y el corazón de la plegaria del cristiano es situarse con humildad y confianza ante Dios como Padre.

Jueves 10 de Octubre de 2013

- Mal 3,13-20a
 - Sal 1
 - Lc 11,5-13
- Según podemos deducir de las enseñanzas de Jesús, las tres cualidades fundamentales que deben caracterizar la oración del cristiano son estas: perseverancia, humildad y confianza. Debemos orar sin desfallecer, situarnos ante Dios con un corazón sencillo y pobre, tomando conciencia de que estamos ante Aquel que nos ama como hijos. La única oración mala es la que no se hace. Quien así ora a Dios, siempre obtiene respuesta.

Viernes 11 de Octubre de 2013

- Jos 24, 1-13
 - Is 12,2-3.4
 - Mt 19, 3-12
- Los relatos evangélicos dan testimonio de agrias controversias entre Jesús y las autoridades religiosas de su tiempo sobre esta temática: ¿en nombre de quién estaba actuando aquel profeta de Nazaret? ¿De dónde procedía esa soberana autoridad que manifestaba en sus palabras y obras? Nos enfrentamos aquí ante una cuestión crucial, como es la de aceptar que Jesús revelara o no la imagen genuina de Dios. Los evangelistas dan una respuesta tan clara como rotunda: Jesús pasó haciendo el bien y dando consuelo a todos los oprimidos por el mal. Confundir su figura y su mensaje con la iniquidad es alcanzar el culmen de la obcecación.

Sábado 12 de Octubre de 2013. Fiesta de Nuestra Señora del Pilar (en España)

- Jl 4,12-21
 - Sal 96
 - Lc 11,27-28
- Las palabras de Jesús no pueden en absoluto interpretarse como un desaire o una desafección hacia la figura de su Madre. Por el contrario, Jesús le está dirigiendo una bienaventuranza: ella ha sido bendecida por Dios doblemente, no sólo por ser madre del salvador, sino también por ser su primera discípula. Aquella que ha acogido la palabra de Dios con un corazón generoso y confiado, y la ha puesto en práctica. En este sentido, ella es modelo de los que han entrado ya en la dinámica salvadora del reino de Dios.

Domingo 13 de Octubre de 2013. XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario (Cal CMF,379-385)

- 2 Re 5, 14-17
 - Sal 97
 - 2 Tim 2, 8-13
 - Lc 17, 11-19
- Los milagros de curación obrados por Jesús no pueden ser reducidos a meras recuperaciones prodigiosas de las facultades físicas o mentales. Jesús no era una suerte de taumaturgo especialmente dotado. En realidad, las narraciones evangélicas nos aclaran que sólo existe verdadero milagro cuando tales signos conducen a los individuos a entrar en la dinámica del reino de Dios. En otras palabras, cuando hacen germinar y crecer la genuina fe en Dios. En el pasaje de hoy hay ciertamente diez curaciones, pero sólo un milagro, pues sólo uno de los agraciados por Jesús termina reconociendo el paso de Dios por su vida.

Lunes 14 de Octubre de 2013. P. Joaquín Gelada y compañeros, mártires (Cal CMF 387-391)

- Rom 1,1-7 Se trata de un fenómeno que se repite irremediablemente, algo casi inevitable en el ámbito de la religión; los hombres exigimos de Dios pruebas sólidas, demostraciones irrefutables de su presencia y de su acción para poder creer, para estar dispuestos a confiar... A Jesús se las solicitaron con vehemencia sus contemporáneos. También nosotros caemos con frecuencia en esta actitud. Jesús responde que el único signo que les será dado a los hombres es el signo de su muerte y su resurrección, a través de la evocación simbólica de la figura de Jonás. Tal signo, lo sabemos, no nos exime de tener que confiar en Dios... a veces sin obtener las seguridades que exigimos.
- Sal 97
- Lc 11,29-32

Martes 15 de Octubre de 2013. Fiesta de santa Teresa de Ávila, virgen y doctora (Cal CMF, 393-399)

- Rom 1,16-25 Jesús tuvo que afrontar reiteradamente una problemática que es recurrente en el ministerio de los profetas hebreos a lo largo de la historia de Israel: pretender dispensar a Dios un culto que ha quedado reducido a un ritualismo externo y superficial, olvidando o diluyendo el cumplimiento real de la voluntad de Dios. Jesús busca siempre que la fe esté basada en una conversión profunda y sincera del corazón humano a los planes divinos, relativizando los meros formalismos o simples costumbres, aunque estén revestidas de piedad.
- Sal 18
- Lc 11,37-41

Miércoles 16 de Octubre de 2013. H. Miguel Palau (Cal CMF, 401-406)

- Rom 2,1-11 Jesús no ataca jamás las corrientes saduceas o fariseas de su tiempo en cuanto tales. Más bien lo que les reprocha es en haber desvirtuado los principios religiosos que les dieron origen. Se muestra especialmente crítico cuando descubre que tales grupos han tergiversado o manipulado la genuina voluntad de Dios cristalizada en la Escritura, ofreciendo interpretaciones acomodadas a su beneplácito, para terminar actuando de una forma que contradice directamente aquello que deberían en realidad creer y transmitir al pueblo.
- Sal 61
- Lc 11,42-46

Jueves 17 de Octubre de 2013. Memoria de san Ignacio de Antioquía, obispo y mártir

- Rom 3,21-30 Algunos miembros de las corrientes religiosas judías se han erigido como auténticos y únicos intérpretes de la Ley de Dios. La realidad es que tienden a tergiversar y distorsionar la genuina voluntad divina, acomodando sus directrices a sus propios criterios. Su mismo comportamiento es ejemplo frecuente de un ritualismo puramente externo y vacío, que busca ante todo salvaguardar sus intereses y prerrogativas. Como ha ocurrido tantas veces en la antigüedad, también ahora persiguen y maltratan a los verdaderos profetas, portadores fidedignos de la palabra de Dios. Por eso buscan acallar la voz de Jesús. Pero Cristo no aplaca por ello sus aceradas denuncias.
- Sal 129
- Lc 11,47-54

Viernes 18 de Octubre de 2013. Fiesta de san Lucas, evangelista

- 2 Tim 4,9-17a Cuando Jesús envía a sus discípulos a proclamar la Buena Noticia, les facilita también una serie de instrucciones y directrices que considera relevantes. Todas ellas tienen como finalidad este principio: el reino de Dios ha de ser anunciado no sólo con las palabras, sino también con el testimonio de un singular estilo de vida. La vida de sus discípulos ha de ser ya la primera palabra de su mensaje. Las gentes han de ver en ellos enviados pobres, sencillos, entregados y disponibles. Los heraldos del evangelio han de transmitir, en resumen, aquello que han experimentado en su convivencia con Jesús.
- Sal 144
- Lc 10,1-9

Sábado 19 de Octubre de 2013. P. Jaime Girón y compañeros, mártires (Cal CMF, 407-412)

- Rom 4,13-16-18 Entre las disposiciones y advertencias que Jesús comunica a sus discípulos, precisamente en el momento en el que los prepara para compartir con ellos el anuncio del reino de Dios entre las gentes, no les ahorra las graves dificultades que deberán arrostrar. Como sabemos, los apóstoles representan al mismo tiempo las futuras comunidades cristianas diseminadas por todo el orbe. Ante las persecuciones y reacciones violentas que la predicación del Evangelio va a suscitar con frecuencia, Jesús les promete la asistencia del Espíritu. Pues los mensajeros de la Buena Noticia han de ser portavoces de la palabra que procede del Espíritu, y no de la pura iniciativa humana.
- Sal 104
- Lc 12,8-12

Domingo 20 de Octubre de 2013. XXIX Domingo del Tiempo Ordinario

- Ex 17,8-13 Lucas es uno de los evangelistas que con mayor intensidad y reiteración trata la temática de la oración en su obra. A través de su escrito contemplamos a un Jesús que siempre ora ante momentos y decisiones importantes, y que igualmente tiende a ofrecer enseñanzas importantísimas sobre la plegaria. En apretada síntesis podemos decir que, para Lucas, la oración del cristiano ha de sostenerse en estas tres cualidades: perseverancia, humildad y confianza. La parábola del juez y la viuda es un ejemplo particularmente elocuente y claro de este mensaje. El cristiano ha de identificarse con la figura de esta mujer, en su tenacidad, constancia y fe en la plegaria que alcanza justicia.
- Sal 120
- 2 Tim 3, 14-4,
- Lc 18, 1-8

Lunes 21 de Octubre de 2013

- Rom 4,20-25 Son frecuentes en el evangelio las advertencias de Jesús sobre el poder del dinero y las riquezas. La temática es, de hecho, prioritaria en su mensaje. La codicia es un pecado que puede alejarnos irremisiblemente de Dios. El dinero puede llegar a convertirse en una divinidad para el hombre. Por esta razón, Jesús no sólo enseñó, sino que asumió una vida pobre en su existencia terrena. Se trata de una enseñanza y una advertencia sobre la que debemos estar especialmente sensibilizados quienes hemos optado por vivir la pobreza evangélica, siguiendo el ejemplo de Cristo.

Martes 22 de Octubre de 2013

- Rom 5,12.15b.17-19.20b-21
 - Sal 39
 - Lc 12,35-38
- Suele ocurrir que, cuando estamos esperando el advenimiento de un hecho que consideramos importante en el futuro, pero éste se dilata en el tiempo, nuestra espera comienza a perder intensidad. Quizás por ello Jesús suele insistir de manera recurrente en la necesidad de ser perseverantes y constantes en nuestra espera confiada en la irrupción definitiva del reino de Dios en el mundo. No podemos dejarnos abatir por la desilusión o el decaimiento. En nuestras manos está el trabajar día a día por hacer germinar la semilla del reino entre nosotros, dejando en manos de Dios los tiempos y plazos definitivos. Así nos quiere ver Dios, siempre dispuestos y diligentes al inicio de cada jornada, pues nuestra mayor recompensa al final del día es habernos entregado al servicio de Dios y de los hermanos sin reservas.

Miércoles 23 de Octubre de 2013

- Rom 6,12-18
 - Sal 123
 - Lc 12,39-48
- Las exhortaciones de Jesús sobre la necesidad de estar constantemente en vela, en esperar con perseverancia, en mantener la tensión de la entrega diaria... son numerosas en el evangelio de Lucas. El cristiano está llamado a seguir a Jesús en el día a día de su existencia con paciencia y esperanza. Una gran mujer de nuestros días comprendió en profundidad el sentido genuino de estos pasajes evangélicos cuando escribía esta plegaria: "Concédenos, Señor, reconocer nuestra historia sagrada en lo que nos sucede cada día. Permítenos transformar los acontecimientos efímeros de cada día en eventos eternos".

Jueves 24 de Octubre de 2013. San Antonio María Claret, obispo y fundador (Cal CMF, 413)

- Is 61,1-6 (o Is 49,1-6)
 - Sal 22 (o Sal 26)
 - 2 Cor 5,14-20 (o Hch 1,3-8)
 - Mc 16,15-20 (o Lc 10,1-9)
- San Antonio María Claret se sintió llamado a ir por el mundo entero y proclamar el evangelio a toda la creación. El Señor acompañó esta misión con numerosos signos. No se puso en camino por dinero, prestigio o fama (Quid Prodest), sino porque recibió la unción del Espíritu para anunciar el evangelio a los pobres (Spiritus Domini) y se sintió urgido por el amor de Cristo (Caritas Christi) para ser ministro de reconciliación. Su objetivo, en definitiva, era buscar en todo la mayor gloria de Dios (Patris Mei), la salvación de todos los seres humanos y su propia santificación. En un día como hoy damos gracias a Dios por la vida de Claret y le pedimos que renueve en cada uno de nosotros el mismo espíritu que lo animó.

Viernes 25 de Octubre de 2013

- Rom 7,18-25a
 - Sal 118
 - Lc 12,54-59
- Los documentos de la Iglesia y de la Congregación suelen insistir, singularmente en las últimas décadas, en estar muy atentos a los "signos de los tiempos". Esta actitud de observación y discernimiento tiene un profundo arraigo en la Escritura en general, y en las enseñanzas de Jesús en particular. Jesús fue siempre una persona muy observadora, que gustaba de contemplar el mundo con ojos lúcidos, críticos y misericordiosos a un tiempo. "Interpretar el tiempo presente" significa, principalmente, aprender a ver el mundo con los ojos de Dios; con ojos de fe. Para aprender a discernir la voluntad de Dios ante personas y acontecimientos, y actuar en consecuencia.

Sábado 26 de Octubre de 2013

- Rom 8,1-11
 - Sal 23
 - Lc 13,1-9
- Estaba profundamente arraigada en la mentalidad religiosa judía antigua la creencia en que toda calamidad o desgracia que sobreviene sobre una persona es fruto inexorable de su pecado o de su maldad. Jesús rompe drásticamente con esta forma de concebir las cosas. En muchas ocasiones, las personas buenas y justas sufren desventuras que no merecen. Pero, en cualquier caso, las palabras de Jesús quieren poner el énfasis en la necesidad de la conversión, aprovechando el tiempo que nos ha sido concedido. Toda circunstancia, sea esta buena o mala, puede servirnos para acercarnos a Dios, para incrementar nuestra confianza en él. La verdadera desgracia es no haber confiado en la misericordia divina.

Domingo 27 de Octubre de 2013. XXX Domingo del Tiempo Ordinario (Cal CMF, 415-419)

- Ecl 35, 12-14.16-18
 - Sal 33
 - 2 Tim 4, 6-8.16-18
 - Lc 18, 9-14
- Nuevamente se nos presenta una parábola vertebrada sobre la oración. Lucas porfía en una temática que considera crucial, pues, en última instancia, esta narración didáctica de Jesús remite a la imagen que tenemos de Dios y a la concepción personal sobre la fe. Ante Dios debemos siempre presentarnos como personas pobres y necesitadas, movidas por un profundo espíritu de humildad y confianza. La soberbia y la vanagloria nos alejan de Dios, aun cuando estén revestidas de una falsa piedad. La salvación es fruto de la gracia y la misericordia divinas, nunca conquista de nuestras capacidades y méritos. Pero qué difícil nos resulta a veces asumir esta verdad, que está en el corazón del Evangelio.

Lunes 28 de Octubre de 2013. San Simón y san Judas, apóstoles (Cal CMF, 421-427)

- Ef 2,19-22
 - Sal 18
 - Lc 6,12-19
- Jesús concibe y desarrolla su ministerio público como una tarea que debe ser compartida y transmitida a otros individuos. No es la suya una empresa de carácter eminentemente individualista; por el contrario, los evangelios nos revelan cómo, ya desde sus inicios, Jesús convoca en torno a sí a distintas personas para que puedan compartir su máximo anhelo, que no es otro que el crecimiento y la expansión del reino de Dios. Jesús vive y actúa en comunión de vida con otros hombres y mujeres, desde el comienzo hasta el final de su actividad pública. Cristo va desgranando su existencia en medio de las gentes y volcado hacia los demás. Pero de entre estas multitudes, el Maestro de Nazaret pone los cimientos de una comunidad peculiar, llamando de forma singular a una serie de personas con una finalidad específica. Los convoca para que experimenten su propio estilo de vida, para hacerles destinatarios de enseñanzas selectas y para investirlos de su propia misión. En otras palabras, para que se identifiquen con su propia persona y con su misma tarea.

Martes 29 de Octubre de 2013

- Rom 8,18-25
 - Sal 125
 - Lc 13,18-21
- Las dos breves parábolas que recoge el pasaje de Lucas comparan el reino de Dios con dos realidades humildes y modestas: un pequeño grano de mostaza y un poco de levadura. Ambas cosas poseen, sin embargo, un misterioso poder en su interior: tienen la capacidad de crecer sobremedida, de desarrollarse con ímpetu, de expandirse prodigiosamente. Así presenta Jesús la irrupción del reino de Dios en medio del mundo: casi insignificante en sus comienzos, pero con un potencial de crecimiento tan asombroso como incalculable. Porque la semilla de este árbol, que ya ha comenzado a germinar en la persona misma de Jesús, sólo necesita ser regada con el agua de la fe y ser iluminada por la luz de la gracia de Dios. La tierra en la que crece, sin embargo, ha de ser un corazón generoso que la acoja sin restricciones ni reservas.

Miércoles 30 de Octubre de 2013

- Rom 8,26-30
 - Sal 12
 - Lc 13,22-30
- A juzgar por sus palabras y comportamientos, algunos representantes de los grupos religiosos contemporáneos de Jesús se habían arrogado la potestad de elegir y determinar quiénes pertenecían al círculo de los salvados y quiénes no, quiénes eran depositarios de las bendiciones divinas, y quiénes debían ser marginados de ellas. Jesús denuncia duramente esta actitud arrogante y altanera, desviada diametralmente de la voluntad divina. Muchos de esos que se consideran privilegiados y partícipes de la élite religiosa se llevarán una gran sorpresa; el criterio con que Dios escoge a los suyos nada tiene que ver con los méritos que ellos creen poseer. Es necesario optar por entrar por la “puerta estrecha” del servicio, la entrega y la caridad, dejando a Dios el juicio final sobre las personas.

Jueves 31 de Octubre de 2013

- Rom 8,31b-39
 - Sal 108
 - Lc 13,31-35
- Los evangelios nos indican con frecuencia que las disputas de Jesús con las autoridades religiosas y civiles de su tiempo fueron tan intensas y agudas, que se llegó a tomar la resolución de matarlo. De hecho, la muerte cruenta de Jesús sólo se explica desde su soberana e irrenunciable opción por proclamar la palabra de Dios, aún sabiendo que su mensaje sería rechazado visceralmente por algunos. La historia de Israel está plagada de profetas cuyas vidas terminaron violentamente, porque se mantuvieron fieles a su vocación de heraldos de la palabra divina. Sus figuras son evocadas por Jesús en este pasaje de Lucas. Jesús asume que ha de ser coherente con su misión hasta el final, aunque ese final sea amargo. Él, sin embargo, dará sentido al itinerario completo de su ministerio, incluyendo la muerte en la cruz, afirmando que su vida no le es arrebatada, sino que él mismo la entrega para la salvación del mundo.

5. Textos para profundizar

Anexo 1: “Nuestra espiritualidad misionera en el caminar del Pueblo de Dios” (III, 2)

b) En el corazón de la Iglesia eucarística

Para nosotros, misioneros claretianos, la celebración de la Eucaristía y el culto de la Presencia del Señor son el eje de nuestra espiritualidad y la fuerza de nuestro camino. Así lo hemos heredado de nuestro Padre Fundador. Toda su vida espiritual giró en torno a este misterio y desde él se hizo proyecto, hasta culminar en la identificación misteriosa con el Señor (la gracia de las especies sacramentales).

La fundante experiencia eucarística de Claret encuentra hoy una admirable continuidad y profundización en la llamada “eclesiología eucarística”, superando el mero devocionismo eucarístico. Se trata de ser conscientes y de vivir el misterio de la Iglesia desde su fuente y su culmen, desde su raíz y su expresión más alta, que es la Presencia eucarística del Señor.

Por eso para nosotros la Eucaristía no es una mera devoción, sino el centro generador de nuestra vida misionera y comunitaria, allí donde se hace y rehace el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, allí donde la Revelación de la Palabra acontece con más intensidad y eficacia. En efecto, la Palabra que escuchamos y proclamamos es para nosotros mismos y para los demás convocatoria a la mesa eucarística. Y en la Eucaristía ella adquiere plenitud de fuerza sacramental en relación con el Cuerpo de Cristo, a la vez que explicita el sentido mayor de la comunión eclesial e interioriza, en quien participa en la fracción del pan, la actitud oblativa y de solidaridad con que partirá luego como servidor de la Palabra al encuentro de sus hermanos.

Como Claret, también nosotros vivimos el misterio eucarístico en el tiempo. En nuestra vida adquiere diversas tonalidades, diversos significados. No somos capaces de vivir de una vez el misterio, y por eso de él hacemos el “pan nuestro de cada día”. Aunque es uno solo el misterio que se celebra, para nosotros es diferente cada experiencia eucarística. Deseamos llegar a la identificación y configuración con Jesús hasta que podamos decir: “no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”, y hacer, con Él, de nuestra vida un don “para que todos tengan vida y la tengan en abundancia” (cf. *Jn* 10, 10).

Reunidos en torno a la Mesa del Señor, que comparte su vida con sus discípulos, sentimos el dolor de la exclusión de tantas personas de esa otra mesa que el Señor ha preparado para todos sus hijos e hijas: los bienes de la Creación confiados

al cuidado de familia humana. La Eucaristía es una llamada poderosa a colaborar a la transformación del mundo según el designio de Dios.

c) Orar en y desde la Presencia eucarística

Con nuestro Padre Fundador entendemos que el núcleo de toda oración cristiana está en la Eucaristía. La celebración eucarística nos muestra que oramos “por Cristo, con Él y en Él”. La Iglesia no es autora de su oración, sino la que acoge la oración de Jesús y del Espíritu, que le es ofrecida. El Jesús que llamó a doce hombres “para que estuvieran con él” (*Mc* 3, 14) quiere estar “para siempre” con nosotros en una perfecta comunión de vida y de oración. El Jesús que nos da su Cuerpo y Sangre, como Iglesia-Esposa, nos da también su oración, su intercesión, su alabanza y adoración.

La Eucaristía es la oración que la Iglesia proclama “por nuestro Señor Jesucristo”. La Iglesia eucarística nunca ora sola. La Iglesia y su Señor están unidos en una misma carne (cf. *Ef* 5, 31), en una misma palabra, en una misma pasión; son un solo cuerpo, en una misma y única oración. En cuanto Esposa, la Iglesia participa en la oración del Esposo. Haciendo la Eucaristía, la Iglesia se realiza a sí misma. “La iglesia hace la Eucaristía... la Eucaristía hace la iglesia”.

Unidos a Cristo, intercedemos por los hombres y mujeres de la tierra. Suplicamos al Padre que envíe su Espíritu para hacer los signos mesiánicos del Reino. En la oración nos hacemos solidarios de todas las situaciones conflictivas de la tierra. Dejamos que penetren en nosotros los gemidos y gritos de sufrimiento de la humanidad y de la naturaleza, para que se conviertan en plegaria, en intercesión. Sólo se ora en el Espíritu, como Jesús, cuando los gritos del pueblo, que suben al trono de Dios, se confunden con nuestra voz suplicante. La oración se hace solidaridad, comunión espiritual con todos... “Orad por vuestros enemigos”, nos decía Jesús. La Eucaristía deviene, entonces, el sacramento por excelencia para re-unión de los dispersos, “sacramentum mundi”. Al mismo tiempo, la contemplación de Jesús en la Eucaristía libera nuestros corazones de los miedos y del egoísmo, y nos lleva inexorablemente a un decidido compromiso en favor de los hermanos que sufren o están oprimidos.



Anexo 2: Amigos de Jesús, partícipes de su misión (P. Josep M. Abella)

Somos misioneros. A través de nuestra consagración expresamos el deseo de unir nuestra vida a la de Jesús como ofrenda al Padre para la vida del mundo, para que se cumpla su voluntad. En ningún otro lugar como en la Eucaristía nos unimos tan íntimamente a Jesús y nos sumamos tan estrechamente a su misión. Por otra parte, contemplar a Jesús que ofrece su vida para que todos tengan vida, no nos puede dejar indiferentes.

La Eucaristía es Memoria y Profecía. Es Memoria de la Pascua del Señor que inaugura los “tiempos nuevos”. Es Profecía que nos lleva a anunciar la Resurrección, a caminar hacia la venida del Señor donde encontrarán cumplimiento las promesas. La Eucaristía nos hace mirar hacia un futuro que es de Dios y que colmará la sed de justicia, amor y comunión que existe en el corazón de cada ser humano. La fraternidad será universal (cf. *Is* 2, 2-5), y será el mismo Dios quien enjugará toda lágrima en los cielos y la tierra renovados (cf. *Ap* 21,1-4). La Eucaristía nos hace mirar hacia ese futuro y nos obliga a comprometernos a construir en esta tierra, todavía sufriente, la realidad expresada en el don que se promete.

La vida consagrada está llamada a ser “epifanía del amor de Dios”, que es don total y gratuito, y que encuentra su ámbito de expresión en la “kénosis”, en la comunión solidaria con quienes están sedientos de respeto y de justicia, de cercanía y de consuelo. Jesús que se da en la Eucaristía es un icono elocuente de lo que significa la “kénosis”. En comunión con Él, aprendemos a ser misioneros.

Unidos estrechamente a Jesús nos sentimos enviados como Él por el Padre, que nos unge con su Espíritu para cumplir la misión. Por esto sabemos reconocer su voz en quien pide ayuda, su dolor en el que sufre, su sed de justicia en el que es oprimido y marginado, su gesto de amor en todo aquel que sirve a sus hermanos... El rostro de Jesús queda grabado en el corazón de quien come su carne y le habilita para reconocerlo en los rostros de quienes encuentra en el camino. No podemos ignorar al Jesús que hemos adorado en la Eucaristía en el rostro sufriente de cualquiera de estos “pequeños” (cf. *Mt* 25, 31-46).

El que come su carne y bebe su sangre se siente imbuido por aquella inmensa compasión de Jesús que le impulsaba a anunciar la Buena Noticia y a acercarse a quienes buscaban el consuelo, la justicia, la verdad, el bien. En la escuela de la

Palabra y de la Eucaristía se desarrolla también en nuestro interior una sensibilidad que permite descubrir las semillas del Verbo presentes en las tradiciones religiosas y culturales de los pueblos, que nos narran el amor infinito y universal del Padre por sus hijos e hijas, ese amor que descubrimos en la contemplación de la Eucaristía. En la celebración de la Eucaristía damos gracias en nombre de toda la Creación que acoge la presencia del Señor en los dones del pan y el vino que ofrecemos, “frutos de la tierra y de la vid y del trabajo del hombre”. La Eucaristía nos alerta sobre la relación entre la “Creación” y la “Nueva Creación”, unidas en el designio salvífico de Dios. De ahí que nos sintamos estimulados a cuidar la creación que será renovada por Dios bajo el signo de la solidaridad entre todos aquellos a quienes fue confiada, la humanidad entera. La Eucaristía tiene también una dimensión ecológica (cf. *SC* 92)

La Eucaristía desemboca en la misión porque es comunión con Jesús a quien el Padre envió porque ama al mundo con locura y para que todos tengan vida. La Eucaristía tiene una dimensión misionera.

El P. Fundador, bendecido por el Señor con la “gracia grande”, se siente llamado a afrontar “todos los males de España”, según su expresión en el número 694 de la Autobiografía. Les pone nombres que seguramente hoy traduciríamos de modo distinto. En definitiva, se trata de situaciones que él considera que atentan contra la dignidad de las personas y las alejan de la Iglesia, que él piensa que es el punto de referencia fundamental para que estas personas puedan seguir viviendo de acuerdo a su identidad cristiana en una época en que están surgiendo nuevos cuestionamientos que desorientan a muchos y en la que “la sed de bienes materiales está secando el corazón y las entrañas de las sociedades modernas” (*Aut* 357).

Estamos en el año 1861 y es un momento difícil en la vida de Claret. Está experimentando la persecución y la calumnia. Es la época caracterizada por el “sufrir”, el tercer verbo de la definición del misionero. A través de la gracia eucarística sentirá la presencia reconfortante de Jesús que le sostiene en esa lucha. Fortalecidos con el pan eucarístico, también nosotros seremos capaces de afrontar las dificultades y el mismo martirio, como nuestros hermanos mártires.

Anexo 3: Alimento para el camino (Testimonio de un claretiano)

La Eucaristía ha sido alimento de mi vida espiritual misionera. No podría concebir ésta sin el alimento para el camino. Desde la formación inicial, con todos los cuestionamientos acerca de su diaria celebración “con plenitud de espíritu”, he captado que no se puede vivir en clave claretiana sin considerar este elemento intrínseco de nuestra vocación carismática.

La significación de la Eucaristía se ha hecho especialmente presente en mi vida en los momentos de crisis y dificultad. Tanto en la celebración, como en la adoración, la Eucaristía ha sido fuente de recuperación de la esperanza a veces “extraviada”. Recuerdo significativamente algunos momentos de la “crisis de los 40” en que, al ir a la celebración con el Pueblo, tal vez sin entusiasmo, cansado y con un montón de dudas de todo tipo, mi fe y mi esperanza se veían retroalimentadas. No creo que se trate sólo de teorías, de exégesis o de comprensión teológica. De verdad la Eucaristía es “pan de vida” que baja del Cielo, sana heridas y reconstruye la comunión interior con uno mismo, con Dios y con los hermanos.

Anexo 4: La Eucaristía me da todo lo que necesito (Testimonio de un claretiano)

Siendo niño, la vivencia de la misa dominical, y en algún tiempo diaria, era muy intimista, pero muy real: la comunión suponía un momento de encuentro y de relación personal con Jesús muy cercano, muy vivo.

La participación diaria en la eucaristía desde el momento que entré en la Congregación (directamente al noviciado) no me supuso ninguna novedad especial. En cambio sí que influyó muchísimo estando ya en filosofía, el cambio a la lengua vernácula, la renovación litúrgica conciliar y la del misal, y sobre todo me marcó -y sigue teniendo todavía hoy día un peso muy fuerte en mí- la lectura del libro, *Liturgia y espiritualidad* de Dom Gabriel Brasó, Abad de Montserrat. Debo citar igualmente las clases de liturgia de algunos profesores. De todo ello me quedó muy grabado que:

- la oración litúrgica no se contrapone a la personal, sino que hay que llegar a hacer que la litúrgica sea verdaderamente “personal”;

- que no es una oración “individualista”, sino que es una oración “de la Iglesia”: es decir, oro con la Iglesia y en su nombre, como la Iglesia, a su vez, da voz a la oración de Cristo y reza en su nombre. Eso me hace sentirme “miembro” de una comunidad.

- que yo no soy el propietario de la liturgia, para hacerla como me viene en gana, y mucho menos para imponer a los demás mi estilo, o textos o plegarias porque me parecen bonitos pero no han sido aprobados (no por prurito jurídico, sino en cuanto que no forman parte del patrimonio de la Igle-

sia y no me hace orar en comunión con la Iglesia, con lo que rezan las diversas comunidades eclesiales).

Creo que todo eso me ayudó notablemente a superar las posturas de rebeldía o rechazo a la misa diaria que en algún momento de la carrera se manifestaron con fuerza entre nosotros, los estudiantes. Como también me hizo mantenerme firme, siendo formador, en dar toda la importancia que tiene la oración litúrgica, y en ayudar a los estudiantes que me confiaron a descubrir el justo valor que tiene la eucaristía en nuestra vocación misionera.

Personalmente, cuando no he celebrado un día la eucaristía por pereza o por abandono me siento “mal”, incómodo (a veces también con un sentido de culpabilidad); me falta algo vital. Y es que la eucaristía me proporciona, en cada una de sus partes, lo que necesito: me ayuda a reconocerme pecador y necesitado de la gracia de Dios y a darle gracias y bendecirle; me pone a la escucha de la Palabra de Dios (aunque no siempre le preste la debida atención); a rezar y comprometerme con las necesidades del mundo y de la Iglesia, de todas las personas; a unirme a Jesucristo y entregarme a él en la misión.

Cuando leí el número 35 de las nuevas Constituciones me sentí muy satisfecho, porque no sólo encontraba la presentación de lo que significa para nosotros, claretianos, la eucaristía y una guía para mi espiritualidad claretiana, sino porque me sentía completamente identificado y respaldado en lo que entendía celebrar y lo que intentaba vivir.

Anexo 5: “Bebed todos de él” (Teilhard de Chardin)

Cómo podría apartar de mí, Señor, este cáliz, una vez que me has hecho gustar el pan, y que se ha deslizado en la médula de mi ser la inextinguible pasión por aferrarte, más allá de la vida, a través de la muerte. La Consagración del Mundo se interrumpiría inmediatamente si en tus escogidos, los futuros creyentes, tu no vigorizaras las fuerzas que inmolan junto a las que vivifican. Mi Comunión sería incompleta (simplemente no sería cristiana) si, con los progresos que me aporta esta nueva jornada, no recibiera en mi nombre y en nombre del Mundo, como la participación más directa a tí mismo, el trabajo,

sordo o manifiesto, de desgaste, de vejez y de muerte que mina incesantemente el Universo, para su salvación o para su condenación. Me abandono perdidamente, oh mi Dios, a las acciones impresionantes de disolución por las cuales hoy tu divina Presencia reemplazará, quiero creerlo ciegamente, mi estrecha personalidad. Aquel que habrá amado apasionadamente a Jesús escondido en las fuerzas que hacen madurar la Tierra, a él la Tierra extenuada lo apretará en sus brazos gigantes y, junto a ella, se despertará en el seno de Dios.



Hay diferentes clases de soledad y diferentes clases de intimidad. Y sentimos malestar en muchas partes. Cuando yo era sacerdote joven, recién ordenado, y escasamente había superado la soledad de la adolescencia, algunas frases de la celebración de la Eucaristía me impresionaban profundamente. Yo era joven y me sentía solo; por eso, palabras que tratan de sentirnos atraídos juntos “en un mismo cuerpo y en un mismo espíritu” originaban en mí sentimientos que encajaban bien con mi propia soledad. Ser “un cuerpo en Cristo” suscitaba en mí la imagen de un abrazo que pondría fin a mi soledad personal, a mi dolencia sin fin y a mi sentido de aislamiento sexual. La unión con Cristo, según mi fantasía de entonces, significaba superar mi propia soledad.

Y ésta no deja de ser una idea válida. La Eucaristía es un abrazo que se supone que elimina la soledad personal, pero, conforme vamos creciendo en edad, un tipo más profundo de soledad puede y debería comenzar a obsesionarnos. Esta soledad más honda nos hace conscientes de lo roto y dividido que está nuestro mundo, y todas las cosas y todos los seres humanos en él. Hay una “soledad global” que hace parecer pequeña nuestra pena particular.

¡Qué aislado y dividido está nuestro mundo! Miramos en torno a nosotros, vemos las noticias mundiales, nos enteramos de las noticias locales, miramos a nuestros lugares de trabajo, a nuestros círculos sociales, e incluso a nuestras iglesias, y por todas partes vemos tensión y división. Estamos lejos de ser “un solo cuerpo y un solo espíritu”. Parece que tantas cosas confluyen para dividirnos: historia, circunstancias, orígenes, antecedentes, temperamento, ideología, geografía, credo, color y género. Y, además, ahí están nuestras heridas personales, los celos, los intereses egoístas y el pecado. Al mundo, como a un adolescente solitario, le duele su aislamiento e incomunicación. Vivimos en un mundo profundamente, abismalmente dividido.

Y conforme me voy haciendo mayor, me desespero más, porque nuestras divisiones no pueden solucionarse de ninguna manera, ni sencilla ni humanamente. La vida nos va enseñando poco a poco que es ingenuo creer que lo único que necesitamos es simplemente optimismo, buena voluntad, y una fe inquebrantable de que el amor vencerá. El amor puede vencer y de hecho vencerá, pero no sucede como en las películas de Hollywood, en las que dos personas, que realmente no tienen derecho alguno a vivir juntos, se enamoran y, a pesar de no tener nada en común, a pesar de estar profundamente heridas, a pesar de ser inmaduras y egoístas, y a pesar de no compartir ni fe ni valores, son capaces de superar todas sus diferencias para llegar al abrazo y el éxtasis prolongados, simplemente porque el amor lo conquista todo.

De alguna manera sabemos que la vida real no funciona así, a no ser que muramos en ese abrazo inicial, como Romeo y Julieta. Con el tiempo, nuestras diferencias tienen su palabra que decir, tanto en el ámbito de nuestras relaciones personales como en las relaciones entre países, culturas, grupos étnicos y religiones. En un determinado momento nuestras diferencias, como un cáncer que no se puede parar, comienzan a dejarse sentir y nos sentimos impotentes e incapaces de superar eso.

Pero esto no es desesperación. Es salud. El comienzo de un retorno a la salud consiste en la admisión de la impotencia o incapacidad, como lo sabe cualquiera que haya luchado alguna vez contra una adicción. Solamente estaremos dispuestos a recibir ayuda cuando admitamos que no podemos valernos por nosotros mismos. Observamos en los evangelios que los apóstoles, tantas veces, inmediatamente después de haber captado finalmente alguna enseñanza de Jesús, reaccionan con estas palabras: “¡Si eso es verdad, entonces resulta imposible para nosotros, así que no podemos hacer nada!” Jesús acoge esa respuesta (porque en esa admisión nos abrimos a la ayuda) y replica: “¡Es imposible para vosotros, pero nada hay imposible para Dios!”.

Nuestras oraciones por la unidad e intimidad llegan a ser efectivas precisamente cuando brotan de ese sentimiento de impotencia, cuando pedimos a Dios que haga algo por nosotros, ya que no tenemos esperanza de poderlo hacer por nosotros mismos.

Un ejemplo de esto lo vemos en las comunidades de Quaker (los cuáqueros), cuando sus miembros se reúnen y se sientan sencillamente el uno junto al otro, en silencio, pidiendo a Dios que haga por ellos lo que no pueden hacer por sí mismos, a saber, darse mutuamente armonía y unidad. El silencio es una admisión de impotencia, de habernos rendido a la noción ingenua de que nosotros, como seres humanos, encontraremos finalmente las palabras justas y las acciones oportunas para producir una unidad que nos ha eludido siempre.

La Eucaristía es precisamente esa oración de impotencia, oración para que Dios nos otorgue una unidad que no podemos brindarnos a nosotros mismos. No es casual que Jesús la instituyera en el momento de su más intensa soledad, cuando se percató de que todas las palabras que había proclamado no habían sido suficientes y que ya no tenía más palabras que compartir. Precisamente cuando se sintió más desamparado, nos regaló la oración del desamparo, la Eucaristía.

Nuestra generación, como todas las generaciones anteriores, siente su impotencia e incapacidad, e intuye la necesidad de un mesías que venga de fuera, del más allá. No podemos curarnos a nosotros mismos ni podemos encontrar por nosotros mismos, solos, la clave para superar nuestras heridas y divisiones. Por eso tenemos que llevar nuestra impotencia a una especie de silencio-cuáquero, a una ferviente plegaria eucarística, que pida a Dios que venga a nosotros y que haga por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos, a saber, crear comunidad. Y justo por esta razón tenemos que participar fervientemente en la eucaristía.

Acción de gracias

*Vere dignum et iustum est, aequum et salutare,
nos semper et ubique gratias agere.*

La víspera de su pasión, la tarde en que instituyó el sacramento de su sacrificio pascual, Cristo tomó el pan, dio gracias, lo partió y lo dio a los discípulos...
La acción de gracias de Jesús revive en cada una de nuestras celebraciones eucarísticas.

El término «eucaristía», en lengua griega, significa precisamente acción de gracias. Es una dimensión que emerge claramente en el diálogo que introduce la Plegaria eucarística: ante la invitación del sacerdote «Demos gracias al Señor nuestro Dios», los fieles responden «Es justo y necesario». El exordio de la Plegaria eucarística se caracteriza por una fórmula que expresa el sentido de la reunión de oración: «En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Dios Padre... ». Estas fórmulas, mientras dicen lo que cumplimos en la celebración, expresan una postura que no debería disminuir en nuestro espíritu de regenerados en Cristo: **agradecer es propio de quien se siente gratuitamente amado, renovado, perdonado.** Es justo y necesario dar gracias a Dios siempre (*tiempo*) y en todo lugar (*espacio*).

De aquí se irradia la espiritualidad de la acción de gracias por los dones recibidos de Dios (la vida, la salud, la familia, la vocación, el bautismo, etc). Agradecer a Dios no solo en las grandes ocasiones, sino «siempre»: los santos han dado gracias al Señor en la prueba, en la hora del martirio, por la gracia de la cruz...

Para quien vive el espíritu eucarístico toda circunstancia de la vida es una ocasión apropiada de agradecer a Dios. Agradecer siempre y en «todo lugar»: en los ámbitos del vivir cotidiano, la casa, la comunidad, los puestos de trabajo, los hospitales, las escuelas...

La Eucaristía nos educa también a unirnos a la acción de gracias que sube de los creyentes extendidos por la tierra hasta Cristo, uniéndolo a nuestro gracias al del mismo Cristo.

La fragua en la vida cotidiana

CARITAS CHRISTI - 2013

“

Después de la misa estoy media hora en que me hallo todo aniquilado. No quiero cosa que no sea su Santísima voluntad. **Vivo con la vida de Jesucristo.** El, poseyéndome, posee una nada, y yo lo poseo todo en él. Yo le digo: ¡Oh Señor, Vos sois mi amor! Vos sois mi honra, mi esperanza y mi refugio. Vos sois mi gloria y mi fin. ¡Oh amor mío! ¡Oh bienaventuranza mía! ¡Oh conservador mío! ¡Oh gozo mío! ¡Oh reformador mío! ¡Oh Maestro mío! ¡Oh Padre mío! ¡Oh esposo de mi vida y de mi alma!” **(Aut 754)**